

Tres veces leí el libro de Nora Strejilevich. Cada vez que ella venía a Buenos Aires desde los Estados Unidos dejaba en algunos lectores la fotocopia de *Una sola muerte numerosa* editada en 1997 por North South Center Press, Universidad de Miami. El libro se sostenía fuertemente en la esperanza de ser publicado en la Argentina. Cada año transitaba de mano en mano entre los que desde su aparición – y la palabra aparición llega en este momento sin ser convocada, por peso de significante – habíamos celebrado la riqueza testimonial y humana de este relato. Circulaba entre amigos, era leído en su espacio propio, es decir en los organismos de derechos humanos, entre las madres. Se lo recomendaba a editores grandes y pequeños, pero nadie lo tomaba, como si durante esta larga década no hubiera podido ser recibido y acogido en ninguna parte y, mientras tanto, circulaba la edición de la Universidad de Miami, cada vez más en las cátedras de literatura y ciencias sociales de otros países que lo tomaban como modelo narrativo capaz de haber dado forma a una tragedia personal y colectiva. Cuando uno salía al extranjero, la pregunta, el comentario o la simple alusión en el mundo de los estudios latinoamericanos estaban referidos a Nora Strejilevich. Igual suerte corrieron durante décadas los libros de Alicia Kozameh y de Cristina Feijóo, que sólo conocíamos unos pocos y siempre leídos en fotocopias o en un original único, de esos que no dejan de ser “el único que me queda” cuando salen de la biblioteca del autor. Reconocimiento afuera, lenta aceptación adentro. No creo que se tratara de una exclusión ex profeso, pero, de alguna manera, este libro, por una serie de malos avatares que se sucedían año tras año, permanecía fuera del cuerpo local de una literatura que en otros países logró ser clasificada como de la post-dictadura. Raro fenómeno, que no se puede explicar sólo por las políticas convenencieras del mercado editorial. Quienes hablaban de libros a mediados de los noventa – y no digamos antes, en la década anterior -, eran refractarios a leer textos que pudieran estremecer la sensibilidad y a crear un malestar de conciencia. La palabra exterminio, lesa humanidad, genocidio podían ser vistas, siempre que permanecieran en el documento, el expediente judicial, la investigación, siempre que permanecieran en ese nivel fáctico que había subido a la superficie por obra y lucha de los organismos.

Este libro llega justo cuando se produce una eclosión testimonial que se expande en los medios, acaso con la expectativa de incidir en la sociedad. Paradójicamente, un momento difícil para un texto que despeja, por así decirlo, la instancia temática para penetrar en una experiencia de escritura; un relato que cuestiona desde su origen lo

autobiográfico sin abandonar la fuerte carga subjetiva que impone el yo testimonial; un texto, finalmente, que no le teme a la diversidad de géneros para narrar.

En primer lugar, en cuanto al tema, no quisiera contraponer esa noción tan pertinente en el campo literario, pero sí reconocer que suele ser una interferencia para aislar otros valores. Nora Strejilevich compone y recompone la materia del relato con una mesurada contención dramática. Se transparenta en ese sentido el rigor que ciñe las imágenes para narrar los acontecimientos, y, sin embargo, la melodía misma del narrar genera de pronto una sintaxis libre que prescinde de puntuación porque se escucha como escritura.

En segundo lugar, lo autobiográfico. Desde las primeras líneas se presenta en el texto una opción que no es sólo literaria, sino ética. Desde dónde narrar, con quienes narrar.

El punto generativo, está en las primeras líneas del poema que abre: “Cuando me robaron el nombre/fui una fui cien fui miles/y no fui nadie.” Y, como en una génesis, inaugural de la lengua: “NN era mi rostro despojado/de gesto de mirada de vocal.”

Para responder a ese llamado – a ese punto y aparte del que va a salir la escritura – la mirada será radial, abarcadora y múltiple. Impresionante manera de componer “la sola” muerte con lo numeroso, lo personal con lo colectivo. La alternancia de fusión y corte propia de esa disyuntiva crea una respiración entrecortada, que no deja respiro, valga la repetición, porque compromete un mismo aliento. El yo y el nosotros, el yo y los otros, esas ecuaciones muy de la reflexión de nuestro tiempo, son esferas que ruedan juntas en el dolor, en el duelo y en la recomposición del deseo.

En tercer lugar con qué géneros narrar, qué géneros cortar para coser esta memoria de la muerte sola y numerosa. Allí lo múltiple que se quería en el enunciado se amalgama formalmente: otras voces, testimonios, cartas, poemas, relatos, diálogos interiores, un amplio y versátil dominio sobre recursos de la lengua y de la literatura que hacen de este libro un objeto proteico. Una esfera de dolor que pudo rodar desde la desaparición del hermano que modeló a la protagonista en sus juegos y la deslumbró con su brillo, y que, al rodar en la forma que le fue dada, acumuló a su paso más dolor, el antiguo que le acercaron los recuerdos personales y la historia del siglo, hasta ser escritura compartida.